

TESTO YONQUI

BEATRIZ
PRECIADO



ESPASA © FÓRUM

© Beatriz Preciado, 2008
© Espasa Calpe, S. A., 2008

Diseño de cubierta: más!gráfica
Imágenes de interior: diagramas: Beatriz Preciado; imagen de pág. 198:
cortesía de Annie Sprinkle, *Postporn Modernist*

Depósito legal: M. 697-2008
ISBN: 978-84-670-2693-1

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España / Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Vía de las Dos Castillas, 33
Complejo Ática - Edificio 4
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

A nuestros muertos: A., T., E., J., K., S. T.

A William

A Virginie, Pepa y Swann

2

LA ERA FARMACOPORNOGRÁFICA

Nací en 1970, momento en el que la economía del automóvil, que parecía entonces en su punto de máximo auge, comenzaba a declinar. Mi padre tenía el primer y más importante garaje de Burgos, una villa gótica de curas y militares en la que Franco había instalado la nueva capital simbólica de la España fascista. De haber ganado la guerra Hitler, la nueva Europa se habría asentado en torno a esos dos polos (cierto desiguales), Burgos y Berlín, o al menos con eso soñaba el pequeño general gallego. En el Garaje Central, así se llamaba el floreciente negocio de mi padre situado en la calle General Mola (el militar que había dirigido el levantamiento contra el régimen republicano en 1936), se guardaban los coches más caros de la ciudad, los de los ricos y los caciques. En mi casa no había libros, solo había coches. Chryslers de motor Slant Six, varios renaults Gordini, Dauphine y Ondine («los coches de las viudas», los llamaban entonces, porque tenían fama de acabar en las curvas con la vida de los maridos automovilistas), renaults D-S (que los españoles llamaban «tiburones») y algunos Standards traídos desde Inglaterra y adjudicados a los médicos. A estos había que añadir la colección de coches antiguos que mi padre había ido comprando: un mercedes «Lola Flores» negro, un citroën gris Traction Avant de los años treinta, un Ford 17 caballos, un dodge Dart Swinger, un citroën «culo-rana» de 1928 y un cadillac 8 cilindros. Mi padre invirtió en aquellos años en la industria de fabricación de ladrillos, que se vino abajo en 1975 (accidentalmente, como la dictadura) con la crisis del petróleo. Al final tuvo que acabar vendiendo su colección de coches para pagar la quiebra de la fábrica. Yo lloré por

aquellos coches. Entre tanto, yo estaba creciendo como una pequeña marimacho. Mi padre lloraría por ello.

Durante esa época, reciente y, sin embargo, ya irrecuperable, que hoy conocemos como «fordismo», la industria del automóvil sintetiza y define un modo específico de producción y de consumo, una temporalización taylorizante de la vida, una estética polícroma y lisa del objeto inanimado, una forma de pensar el espacio interior y de habitar la ciudad, un agenciamiento conflictivo del cuerpo y de la máquina, un modo discontinuo de desear y de resistir. En los años que siguen a la crisis energética y a la caída de las cadenas de montaje, se buscarán nuevos sectores portadores de las transformaciones de la economía global. Se hablará así de las industrias bioquímicas, electrónicas, informáticas o de la comunicación como nuevos soportes industriales del capitalismo... Pero estos discursos seguirán siendo insuficientes para explicar la producción de valor y de la vida en la sociedad actual.

Sin embargo, parece posible dibujar una cronología de las transformaciones de la producción industrial del último siglo desde el punto de vista del que se convertirá progresivamente en el negocio del nuevo milenio: la gestión política y técnica del cuerpo, del sexo y de la sexualidad. Dicho de otro modo, resulta hoy filosóficamente pertinente llevar a cabo un análisis sexopolítico de la economía mundial.

Si desde un punto de vista económico, la transición a un tercer tipo de capitalismo, después de los regímenes esclavista e industrial, se sitúa habitualmente en torno a los años setenta, la puesta en marcha de un nuevo tipo de «gubernamentalidad del ser vivo»¹ emerge de las ruinas urbanas, corporales, psíquicas y ecológicas de la Segunda Guerra Mundial —y en el caso de España, de la Guerra Civil.

¿Pero cómo el sexo y la sexualidad, se preguntarán, llegan a convertirse en el centro de la actividad política y económica? Síganme:

Durante el período de la guerra fría, Estados Unidos invierte más dólares en la investigación científica sobre el sexo y la sexualidad que ningún otro país a lo largo de la historia. La mutación del capitalismo a la que vamos a asistir se caracterizará no solo

¹ Michel Foucault, *Du gouvernement des vivants*, Leçons du Collège de France, 1979-1980, *Dits et Écrits*, tomo IV, Gallimard, París, 1994, págs. 641-642.

por la transformación del sexo en objeto de gestión política de la vida (como ya había intuido Foucault en su descripción «biopolítica» de los nuevos sistemas de control social), sino porque esta gestión se llevará a cabo a través de las nuevas dinámicas del tecnocapitalismo avanzado. Pensemos simplemente que el período que va desde el final de Primera Guerra Mundial a la guerra fría constituye un momento sin precedente de visibilidad de las mujeres en el espacio público, así como de emergencia de formas visibles y politizadas de la homosexualidad en lugares tan insospechados como, por ejemplo, el ejército americano². El macartismo americano de los años cincuenta suma a la persecución patriótica del comunismo la lucha contra la homosexualidad como forma de antinacionalismo, al mismo tiempo que exalta los valores familistas de la masculinidad laboriosa y la maternidad doméstica³. Se abren durante este tiempo decenas de centros de investigación sobre la sexualidad en Occidente como parte de un programa de salud pública. Al mismo tiempo, los doctores George Henry y Robert L. Dickinson llevan a cabo la primera demografía de la «desviación sexual», un estudio epidemiológico conocido con el nombre de «Sex Variant»⁴, al que más tarde seguirán el *Informe Kinsey* sobre la sexualidad y los protocolos de Stoller sobre la feminidad y la masculinidad. Entre tanto, los arquitectos americanos Ray y Charles Eames colaboran con el ejército americano para fabricar tablillas de sujeción de los miembros mutilados en la guerra con placas de contrachapado *plywood*. Pocos años después utilizarán el mismo material para construir los muebles que caracterizarán el diseño ligero y la arquitectura americana desechable⁵. Harry Benjamin pone en marcha y sistematiza la utilización clínica de moléculas hormonales, se comercializan las primeras moléculas naturales de progesterona y estrógeno obtenidas a partir de suero de yegua (Premarin) y algo más tarde sintéticas (Norethin-

² Alan Berube, *Coming Out Under Fire: The History of Gay Men and Women in World War Two*, The Free Press, Nueva York, 1990.

³ John D'Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities: The Making of a Homosexual Minority in the United States, 1940-1970*, Chicago University Press, Chicago, 1983.

⁴ Jennifer Terry, *An American Obsession: Science, Medicine and Homosexuality in Modern Society*, Chicago University Press, Chicago, 1999, págs. 178-218.

⁵ Véase Beatriz Colomina, *Domesticity at War*, MA, MIT Press, Cambridge, 2007.

drone). En 1946 se inventa la primera píldora *antibaby* a base de estrógenos sintéticos —el estrógeno se convertirá pronto en la molécula farmacéutica más utilizada de toda la historia de la humanidad⁶—. En 1947, los laboratorios Eli Lilly (Indiana, Estados Unidos) comercializan la molécula de metadona (el más simple de los opiáceos) como analgésico, convirtiéndose en los años setenta en el tratamiento básico de sustitución en la adicción a la heroína⁷; ese mismo año, el pseudopsiquiatra norteamericano John Money inventa el término «género», diferenciándolo del tradicional «sexo» para nombrar la pertenencia de un individuo a un grupo culturalmente reconocido como «masculino» o «femenino» y afirma que es posible «modificar el género de cualquier bebé hasta los dieciocho meses»⁸. Se multiplica exponencialmente la producción de elementos transuránicos, entre ellos del plutonio, combustible nuclear empleado militarmente durante la Segunda Guerra Mundial y que ahora se convierte en material de uso en el sector civil: el nivel de toxicidad de los elementos transuránicos sobrepasa al de cualquier otro elemento terrestre, generando una nueva forma de vulnerabilidad de la vida. El *lifting* facial y diversas intervenciones de cirugía estética se convierten por primera vez en técnicas de consumo de masas en Estados Unidos y Europa. Andy Warhol se fotografía durante una operación de *lifting* facial, haciendo de su propio cuerpo uno de los objetos pop de la sociedad de consumo. Frente a la amenaza inducida por el nazismo y por las retóricas racistas de una detección de la diferencia racial o religiosa a través de los signos corporales, la «des-circuncisión», reconstrucción artificial del prepucio del pene, se convierte en una de las operaciones de cirugía estética más practicadas en Estados Unidos en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial⁹. Al mismo tiempo, se

⁶ Andrea Tone, *Devices and Desires. A History of Contraceptives in America*, Hill and Wang, Nueva York, 2001.

⁷ Tom Carnwath y Ian Smith, *El siglo de la heroína*, Melusina, Barcelona, 2006.

⁸ John Money, John Hampson y Joan Hampson, «Imprinting and the Establishment of the Gender Role», *Archives of Neurology and Psychiatry*, 77, Chicago, 1957. Véase también John Money, *Sexual Signatures: On Being Man or Woman*, Little Brown, Boston, 1980.

⁹ Sander L. Gilman, «Decircumcision: The First Aesthetic Surgery», *Modern Judaism* 17. 3, Oxford, 1997, págs. 201-210. Véase también Maxwell Matz, *Evolution of Plastic Surgery*, Froben Press, Nueva York, 1946, págs. 278-279.

generaliza el uso del plástico para la fabricación de objetos de la vida cotidiana. Este material viscoso y semirrígido, impermeable, aislante eléctrico y térmico, producido a partir de la multiplicación artificial de átomos de carbono en largas cadenas moleculares de compuestos orgánicos derivados del petróleo y cuya quema es altamente contaminante, definirá las condiciones materiales de una transformación ecológica a gran escala: destrucción de los recursos energéticos primitivos del planeta, consumo rápido y alta contaminación. En 1953, el soldado americano George W. Jorgensen se transforma en Christine, convirtiéndose en el primer transexual mediatizado; Hugh Hefner crea *Playboy*, la primera revista porno norteamericana difundida en quiosco, con la fotografía de Marilyn Monroe desnuda en la portada del primer número. En la España franquista, la Ley de Vagos y Maleantes de 1954 incluye por primera vez a homosexuales y desviados sexuales. El comandante Antonio Vallejo-Nájera, jefe de los servicios médicos militares, y Juan José López Ibor llevan a cabo sucesivas investigaciones con el fin de examinar las raíces psicofísicas del marxismo (para descubrir el famoso «gen rojo»), la homosexualidad y la intersexualidad, preconizando, a pesar de la escasa tecnificación de las instituciones médicas durante el franquismo, la lobotomía, las terapias de modificación de conducta, el tratamiento mediante electroconvulsiones y la castración terapéutica con fines eugenésicos¹⁰. En 1958 se lleva a cabo en Rusia la primera faloplastia (construcción de un pene a partir de un injerto de la piel y los músculos del brazo), como parte de un proceso de cambio de sexo de mujer a hombre. En 1960, los laboratorios Eli Lilly comercializan Secobarbital, un barbitúrico con propiedades anestésicas, sedativas e hipnóticas concebido para el tratamiento de la epilepsia, el insomnio o como anestésico en operaciones breves. Secobarbital, más conocido como la «píldora roja» o *doll*, se convierte en una de las drogas

¹⁰ Antonio Vallejo-Nájera, *La sexualización de los psicópatas*, Medicina, Madrid, 1934. Véanse también los estudios históricos recientes: J. Casos Solís, *Psiquiatría y franquismo. Período de institucionalización (1946-1960)*, con un prólogo y un epílogo como homenaje a Luis Martín-Santos. También F. Fuente-nebro; G. E. Berrios; I. Romero y R. Huertas García-Alejo (eds.), *Psiquiatría y cultura en España en un tiempo de silencio*. Luis Martín Santos, Necodisne Ediciones, Madrid, 1999, págs. 85-129.

de la cultura *underground* rock de los años sesenta; al mismo tiempo, Manfred E. Clynes y Nathan S. Kline utilizan por primera vez el término *cyborg* para referirse a un organismo técnicamente suplementado que podría vivir en un medio ambiente extraterrestre y operar como un «sistema homeostático integrado inconsciente»¹¹. Se trataba de una rata de laboratorio a la que se la había implantado una prótesis osmótica que arrastraba en forma de rabo cibernético. En 1966 se inventan los primeros antidepressores que intervienen directamente en la síntesis del neurotransmisor serotonina, y que llevarán hasta la concepción en 1987 de la molécula de Fluxetine que será después comercializada bajo varios nombres, dependiendo del laboratorio, de los cuales el más conocido será Prozac, fabricado por Eli Lilly. En 1969 se crea, como parte de un programa de investigación militar estadounidense, *arpanet*, la primera «red de redes» de ordenadores interconectados capaces de transmitir información, que dará lugar más tarde a Internet. El 18 de septiembre de 1970 muere Jimi Hendrix, después de haber ingerido (¿accidente, suicidio, asesinato?) un cóctel farmacéutico que contenía al menos nueve píldoras de Secobarbital. En 1971 el Reino Unido establece la Ley de Abuso de Drogas, que regula el consumo y tráfico de sustancias psicotrópicas. La gravedad de los crímenes por uso y tráfico va desde la categoría A (cocaína, metadona, morfina, etc.) hasta la categoría C (cannabis, ketamina, etc.). El alcohol y el tabaco quedan fuera de esta clasificación. En 1972 Gerard Damiano realiza, con el dinero de la mafia californiana, *Deep Throat* (*Garganta profunda*), una de las primeras películas porno comercializadas públicamente en Estados Unidos. *Deep Throat* se convertirá en una de las películas más vistas de todos los tiempos, generando unos beneficios de explotación de más de seiscientos millones de dólares. Estalla a partir de entonces la producción cinematográfica porno, pasando de treinta películas clandestinas en 1950 a dos mil quinientas en 1970. En 1973 se retira la homosexualidad de la lista de enfermedades mentales del DSM (Manual de Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales). En 1974, el soviético Victor Konstantinovich Kalnberz patenta el

¹¹ M. E. Clynes y N. S. Kline, «Cyborgs and Space», *Journal of Astronautics, American Rocket Society*, Nueva York, septiembre 1960, págs. 27-31, 74-75.

primer implante de pene a base de varillas de plástico de polietileno como tratamiento de la falta de erección, creando un pene natural erecto permanentemente. Estos implantes se abandonaron en beneficio de sus variantes químicas por resultar «físicamente incómodos y emocionalmente desconcertantes». En 1977, el estado de Oklahoma introduce la primera inyección letal a base de un compuesto barbitúrico semejante a la «píldora roja» para aplicar la pena capital; un método similar había sido utilizado ya en el llamado programa Acción T4 de higiene racial de la alemania nazi, que eutanasia entre setenta y cinco mil y cien mil personas con deficiencias físicas o psíquicas, método abandonado después a causa de su alto coste farmacológico y sustituido por la cámara de gas o la simple muerte por inanición. En 1983, la transexualidad («disforia de género») se incluye en la lista del DSM como enfermedad mental. En 1984 Tom F. Lue, Emil A. Tanaghoy y Richard A. Schmidt colocan por primera vez un «marcapasos sexual» en el pene de un paciente, un sistema de electrodos implantados cerca de la próstata que permitía desatar una erección por control remoto. Durante los años ochenta, se descubren y comercializan nuevas hormonas como la DHEA o la hormona del crecimiento, así como numerosas sustancias anabolizantes que serán utilizadas legal e ilegalmente en el deporte. En 1988 se aprueba la utilización farmacológica de Sildenafil (comercializado como Viagra por los laboratorios Pfizer) para tratar la «disfunción eréctil» del pene. Se trata de un vaso dilatador sin efecto afrodisíaco que induce la producción de óxido nítrico en el cuerpo cavernoso del pene y la relajación muscular. A partir de 1996 los laboratorios americanos se lanzan a la producción sintética de la oxyntomodulina, una hormona relacionada con el sentido de la saciedad, que podría afectar a los mecanismos psicofisiológicos reguladores de la adicción y ser comercializada para provocar la pérdida de peso. A principios del nuevo milenio, cuatro millones de niños son tratados con Ritalina por hiperactividad y por el llamado Síndrome de Déficit de Atención, y más de dos millones consumen psicotrópicos destinados a controlar la depresión infantil.

Estamos frente a un nuevo tipo de capitalismo caliente, psicotrópico y punk. Estas transformaciones recientes apuntan hacia la articulación de un conjunto de nuevos dispositivos microprostéticos de control de la subjetividad con nuevas plata-

formas técnicas biomoleculares y mediáticas. La nueva «economía-mundo»¹² no funciona sin el despliegue simultáneo e interconectado de la producción de cientos de toneladas de esteroides sintéticos, sin la difusión global de imágenes pornográficas, sin la elaboración de nuevas variedades psicotrópicas sintéticas legales e ilegales (Lexomil, Special K, Viagra, speed, cristal, Prozac, éxtasis, popper, heroína, Omeoprazol, etc.), sin la extensión a la totalidad del planeta de una forma de arquitectura urbana difusa en la que megaciudades miseria¹³ se co-dean con nudos de alta concentración de capital, sin el tratamiento informático de signos y de transmisión numérica de comunicación.

Estos son solo algunos de los índices de aparición de un régimen postindustrial, global y mediático que llamaré a partir de ahora, tomando como referencia los procesos de gobierno biomolecular (fármaco-) y semiótico-técnico (-porno) de la subjetividad sexual, de los que la píldora y *Playboy* son paradigmáticos, «farmacopornográfico». Si bien sus líneas de fuerzas hunden sus raíces en la sociedad científica y colonial del siglo XIX, sus vectores económicos no se harán visibles hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, ocultos en principio bajo la apariencia de la economía fordista y quedando expuestos únicamente tras el progresivo desmoronamiento de esta en los años setenta.

Durante el siglo XX, período en el que se lleva a cabo la materialización farmacopornográfica, la psicología, la sexología, la endocrinología han establecido su autoridad material transformando los conceptos de psiquismo, de libido, de conciencia, de feminidad y masculinidad, de heterosexualidad y homosexualidad en realidades tangibles, en sustancias químicas, en moléculas comercializables, en cuerpos, en biotipos humanos, en bienes de intercambio gestionables por las multinacionales farmacéuticas. Si la ciencia ha alcanzado el lugar hegemónico que ocupa como discurso y como práctica en nuestra cultura, es precisamente gra-

¹² Utilizo aquí la conocida expresión de Immanuel Wallerstein, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos. Un análisis de sistemas-mundo*, Akal, Madrid, 2004.

¹³ Véase Mike Davis, «Planeta de ciudades-miseria», *New Left Review*, núm. 26, Akal, Madrid, 2004, págs. 5-34.

cias a lo que Ian Hacking¹⁴, Steve Woolgar y Bruno Latour¹⁵ llaman su «autoridad material», es decir, su capacidad para inventar y producir artefactos vivos. Por eso la ciencia es la nueva religión de la modernidad. Porque tiene la capacidad de crear, y no simplemente de describir, la realidad¹⁶. El éxito de la tecnociencia contemporánea es transformar nuestra depresión en Prozac, nuestra masculinidad en testosterona, nuestra erección en Viagra, nuestra fertilidad/esterilidad en píldora, nuestro sida en triterapia. Sin que sea posible saber quién viene antes, si la depresión o el Prozac, si el Viagra o la erección, si la testosterona o la masculinidad, si la píldora o la maternidad, si la triterapia o el sida. Esta producción en *auto-feedback* es la propia del poder farmacopornográfico.

La sociedad contemporánea está habitada por subjetividades toxicopornográficas: subjetividades que se definen por la sustancia (o sustancias) que domina sus metabolismos, por las prótesis cibernéticas a través de las que se vuelven agentes, por los tipos de deseos farmacopornográficos que orientan sus acciones. Así hablaremos de sujetos Prozac, sujetos cannabis, sujetos cocaína, sujetos alcohol, sujetos ritalina, sujetos cortisona, sujetos silicona, sujetos heterovaginales, sujetos doblepenetración, sujetos Viagra, etc.

No hay nada que desvelar en la naturaleza, no hay un secreto escondido. Vivimos en la hipermodernidad punk: ya no se trata de revelar la verdad oculta de la naturaleza, sino que es necesario explicitar los procesos culturales, políticos, técnicos a través de los cuales el cuerpo como artefacto adquiere estatuto natural. El *oncomouse*, ratón de laboratorio diseñado biotecnológicamente para ser portador de un gen cancerígeno¹⁷, se come a Heiddeg-

¹⁴ Ian Hacking, *Representing and Intervening. Introductory Topics in the Philosophy of Natural Science*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

¹⁵ Bruno Latour y S. Woolgar, *La vie de laboratoire. La construction des faits scientifiques*, La Découverte, París, 1979.

¹⁶ Pero no solo la ciencia tiene este poder performativo. El arte y el activismo se parecen a las ciencias de laboratorio. Tienen también el poder de crear (y no simplemente de describir, descubrir o representar) artefactos. Como veremos más adelante, el arte, la filosofía o la literatura pueden funcionar como contra-laboratorios virtuales de producción de realidad.

¹⁷ Donna Haraway, «When Man Is on the Menu», *Incorporations*, Jonathan Crary y Sanford Kwinter (eds.), Zone Books, Nueva York, 1992.

ger. Buffy, la televisual vampira mutante, se come a Simone de Beauvoir. El dildo, paradigma de toda prótesis de teleproducción de placer, se come la polla de Rocco Siffredi. No hay nada que desvelar en el sexo ni en la identidad sexual, no hay ningún secreto escondido. La verdad del sexo no es desvelamiento, es *sex design*.

COOPERACIÓN MASTURBATORIA

Los teóricos del postfordismo (Virno, Hardt, Negri, Corsani, Marazzi, Moulier-Boutang, etc.) han sugerido que el proceso productivo del capitalismo actual tiene en realidad como materia prima el saber, la información, la cultura y las relaciones sociales¹⁸. Para la teoría económica más reciente, el motor de la producción ya no está en la empresa, sino «en la sociedad en su conjunto, en la calidad de la población, en la cooperación, en las convenciones, los aprendizajes, las formas de organización que hibridan el mercado, la empresa y la sociedad»¹⁹. Negri y Hardt hablan de «producción biopolítica», utilizando la noción *cult* foucaultiana para nombrar las formas complejas actuales de la producción capitalista que combinan tanto «producción de símbolos, de lenguaje, de información, como producción de afectos»²⁰. Nombran apelando al «trabajo de la vida», las formas de producción que emanan del cuidado corporal, de la protección del otro y de la creación de relación humana, del trabajo «femenino» de la reproducción²¹, de las relaciones de comunicación y

¹⁸ Christian Marazzi, *El sitio de los calcetines. El giro lingüístico de la economía y sus efectos sobre la política*, Akal, Madrid, 2003. Véanse también Paolo Virno, *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2003; Yann Moulier-Boutang, Antonella Corsani, Maurizio Lazzarato, Olivier Blondeau, Nick Dyer Whiteford, Carlo Vercellone, Ariel Kyrrou y Enzo Rullani, *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2004. Para una síntesis del debate véase Yann Moulier-Boutang, *Le capitalisme cognitif. La nouvelle grande transformation*, Éditions Amsterdam, París, 2007.

¹⁹ Yann Moulier-Boutang, «Eclats d'économie et bruits de luttes», *Multitudes*, núm. 2, Exils, París, 2000, pág. 7. Véase también en ese mismo número el artículo de Antonella Corsani, «Vers un renouveau de l'économie politique».

²⁰ Toni Negri y Michael Hardt, *Multitudes*, Éditions 10/18, París, 2006, pág. 135.

²¹ *Ibidem*, pág. 137; Christian Marazzi, *op. cit.*

del intercambio de saberes y afectos. Pero la mayoría de estos análisis se detienen en su descripción de esta nueva forma de producción cuando llegan a la cintura²².

¿Pero si fueran en realidad los cuerpos insaciables de la multitud, sus pollas y sus clítoris, sus anos, sus hormonas, sus sinapsis neurosexuales, si el deseo, la excitación, la sexualidad, la seducción y el placer de la multitud fueran los motores de creación de valor en la economía contemporánea, si la cooperación fuera una «cooperación masturbatoria» y no simplemente una cooperación de cerebros?

La industria pornográfica es hoy el gran motor impulsor de la economía informática: existen más de un millón y medio de *webs* adultas accesibles desde cualquier punto del planeta. De los dieciséis mil millones de dólares anuales de beneficios de la industria del sexo, una buena parte proviene de los portales porno de Internet. Cada día, trescientos cincuenta nuevos portales porno abren sus puertas virtuales a un número exponencialmente creciente de usuarios. Si es cierto que los portales porno siguen estando en su mayoría bajo el dominio de multinacionales (*Playboy*, *Hotvideo*, *Dorcel*, *Hustler*, etc.), el mercado emergente del porno en Internet surge de los portales *amateurs*. El modelo del emisor único se ve desplazado en 1996 con la iniciativa de Jennifer Kaye Ringley, que instala varias *webcams* en su espacio doméstico y transmite en tiempo real un registro de su vida cotidiana a un portal de Internet. Las *JenniCams* producen en estilo documental una crónica audiovisual de sus vidas sexuales y cobran suscripciones semejantes a las de un canal televisivo (entre diez y veinte euros mensuales). Por el momento, cualquier usuario de Internet que posee un cuerpo, un ordenador, una cámara de vídeo o una *webcam*, una conexión de Internet y una cuenta bancaria puede crear su propia página porno y acceder al mercado de la industria del sexo. Se trata de la entrada del cuerpo auto-

²² Algunas pistas en este sentido han venido desde reflexiones como las de Precarias a la Deriva, Anne Querrien o Antonella Corsani. Véase «Un proyecto de mujeres de Precarias a la deriva. Precarias, cuidadoras, putas, atentas... en busca de una batalla común», <http://www.sindominio.net/karakola/precarias.htm>. Y Linda McDowell, «Life without Father and Ford: The New Gender Order of Post-Fordism», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 16, págs. 400-419.

pornográfico como nueva fuerza de la economía mundial. El resultado del reciente acceso de poblaciones relativamente pauperizadas del planeta (tras la caída del muro de Berlín, los primeros en acceder a este mercado fueron los trabajadores sexuales del antiguo bloque soviético, después los de China, África y la India) a los medios técnicos de producción de ciberpornografía, provocando por primera vez una ruptura del monopolio que hasta ahora detentaban las grandes multinacionales porno. Frente a esta autonomización del trabajador sexual, las multinacionales porno se alían progresivamente con compañías publicitarias esperando atraer a sus cibervisitantes a través del acceso gratuito a sus páginas.

La industria del sexo no es únicamente el mercado más rentable de Internet, sino que es el modelo de rentabilidad máxima del mercado cibernético en su conjunto (solo comparable a la especulación financiera): inversión mínima, venta directa del producto en tiempo real, de forma única, produciendo la satisfacción inmediata del consumidor en y a través de la visita al portal. Cualquier otro portal de Internet se modela y se organiza de acuerdo con esta lógica masturbatoria de consumo pornográfico. Si los analistas comerciales que dirigen Google o Ebay siguen con atención las fluctuaciones del mercado ciberporno, es porque saben que la industria de la pornografía provee un modelo económico de la evolución del mercado cibernético en su conjunto.

Si tenemos en consideración que las industrias líderes del capitalismo postfordista, junto con la empresa global de la guerra, son la industria farmacéutica (bien como extensión farmacológica legal del aparato científico médico y cosmético, bien como tráfico de drogas consideradas ilegales) y la industria pornográfica, entonces habría que darle un nombre más crudo a esta «materia prima». Osemos la hipótesis: las verdaderas materias primas del proceso productivo actual son la excitación, la erección, la eyacuación, el placer y el sentimiento de autocomplacencia y de control omnipotente. El verdadero motor del capitalismo actual es el control farmacopornográfico de la subjetividad, cuyos productos son la serotonina, la testosterona, los antiácidos, la cortisona, los antibióticos, el estradiol, el alcohol y el tabaco, la morfina, la insulina, la coaína, el citrato de sildenafil (Viagra) y todo aquel complejo material-virtual que puede ayudar a la producción de

estados mentales y psicosomáticos de excitación, relajación y descarga, de omnipotencia y de total control. Aquí, incluso el dinero se vuelve un significante abstracto psicotrópico. El cuerpo adicto y sexual, el sexo y todos sus derivados semiótico-técnicos son hoy el principal recurso del capitalismo postfordista.

Si la era dominada por la economía del automóvil se denominó «fordismo», llamaremos «farmacopornismo» a esta nueva economía dominada por la industria de la píldora, por la lógica masturbatoria y por la cadena de excitación-frustración en la que esta se apoya. La industria farmacopornográfica es el oro blanco y viscoso, el polvo cristalino del capitalismo postfordista.

Hardt y Negri, releendo Marx, nos han enseñado que durante los siglos XIX y XX la economía global se caracteriza por la hegemonía del trabajo industrial no porque este fuera dominante en términos cuantitativos, sino porque todo otro trabajo se modeliza cualitativamente con respecto a una posible industrialización²³. Del mismo modo, la producción farmacopornográfica caracteriza hoy un nuevo período de la economía política mundial no por su preponderancia cuantitativa, sino porque cualquier otra forma de producción aspira a una producción molecular intensificada del deseo corporal semejante a la narcoticosexual. Así, el control farmacopornográfico infiltra y domina toda otra forma de producción, desde la biotecnología agraria hasta la industria *high-tech* de la comunicación.

En el período «farmacopornista», la industria farmacopornográfica sintetiza y define un modo específico de producción y de consumo, una temporalización masturbatoria de la vida, una estética virtual y alucinógena del objeto vivo, un modo particular de transformar el espacio interior en afuera y la ciudad en interioridad y «espacio basura»²⁴ a través de dispositivos de autovigilancia y difusión ultrarrápida de información, un modo continuo y sin reposo de desear y de resistir, de consumir y destruir, de evolucionar y de autoexinguirse.

²³ Michael Hardt y Toni Negri, *Multitudes*, op. cit., págs. 133-134.

²⁴ Véase la elaboración de esta noción en Rem Koolhaas, *Espacio basura*, Gustavo Gil, Barcelona, 2007.

POTENTIA GAUDENDI

Para comprender cómo y por qué la sexualidad y el cuerpo, el cuerpo excitable, irrumpen en el centro de la acción política hasta llegar a ser objetos de una gestión estatal e industrial minuciosa a partir de finales del siglo XIX, es preciso elaborar un nuevo concepto filosófico equivalente en el dominio farmacopornográfico al concepto de fuerza de trabajo en el dominio de la economía clásica. Nombro la noción de «fuerza orgásmica» o *potentia gaudendi*²⁵: se trata de la potencia (actual o virtual) de excitación (total) de un cuerpo. Esta potencia es una capacidad indeterminada, no tiene género, no es ni femenina ni masculina, ni humana ni animal, ni animada ni inanimada, no se dirige primariamente a lo femenino ni a lo masculino, no conoce la diferencia entre heterosexualidad y homosexualidad, no diferencia entre el objeto y el sujeto, no sabe tampoco la diferencia entre ser excitado, excitar o excitarse-con. No privilegia un órgano sobre otro: el pene no posee más fuerza orgásmica que la vagina, el ojo o el dedo de un pie. La fuerza orgásmica es la suma de la potencialidad de excitación inherente a cada molécula viva. La fuerza orgásmica no busca su resolución inmediata, sino que aspira a extenderse en el espacio y en el tiempo, a todo y a todos, en todo lugar y en todo momento. Es fuerza que transforma el mundo en placer-con. La fuerza orgásmica reúne al mismo tiempo todas las fuerzas somáticas y psíquicas, pone en juego todos los recursos bioquímicos y todas las estructuras del alma.

En el capitalismo farmacopornográfico, la fuerza de trabajo ha revelado su verdadero sustrato: fuerza orgásmica, *potentia gaudendi*. Lo que el capitalismo actual pone a trabajar es la potencia de correrse como tal, ya sea en su forma farmacológica (molécula digestible que se activará en el cuerpo del consumidor), en forma de representación pornográfica (como signo semiótico-técnico convertible en dato numérico y transferible a so-

²⁵ Trabajo aquí a partir de la noción de «potencia de actuar o fuerza de existir» que, a partir de la noción griega de *dynamis* y de su correlato metafísico escolástico, elaborara Spinoza. Véanse Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Trotta, Madrid, 2000; y Gilles Deleuze, *Spinoza*, Cours de Vincennes, 1978-1980. Curso disponible en la página de la Université Paris 8 dedicada a Deleuze.

portes informáticos, televisuales o telefónicos) o en su forma de servicio sexual (como entidad farmacopornográfica viva cuya fuerza orgásmica y cuyo volumen afectivo son puestos al servicio de un consumidor por un determinado tiempo bajo un contrato más o menos formal de venta de servicio sexuales).

Lo que caracteriza a la *potentia gaudendi* no es solo su carácter no permanente y altamente maleable, sino, y sobre todo, su imposibilidad de ser poseída o conservada. La *potentia gaudendi*, como fundamento energético del farmacopornismo, no se deja reducir a objeto ni puede transformarse en propiedad privada. No solo no puedo poseer ni conservar la *potentia gaudendi* de otro, sino que tampoco puedo poseer ni conservar aquella que aparece como mía. La *potentia gaudendi* existe únicamente como evento, relación, práctica, devenir.

La fuerza orgásmica es al mismo tiempo la más abstracta y la más material de todas las fuerzas de trabajo, inextricablemente carnal y numérica, viscosa y digitalizable. Ah, gloria fantasmática o molecular transformable en capital.

El cuerpo polisexual vivo es el sustrato de la fuerza orgásmica. Este cuerpo no se reduce a un cuerpo pre-discursivo, ni tiene sus límites en la envoltura carnal que la piel bordea. Esta vida no puede entenderse como un sustrato biológico fuera de los entramados de producción y cultivo propios de la tecnociencia. Este cuerpo es una entidad tecnoviva multiconectada que incorpora tecnología²⁶. Ni organismo, ni máquina: tecnocuerpo. En los años cincuenta, McLuhan, Buckminster Fuller y Wiener lo habían intuido: las tecnologías de la comunicación funcionaban como extensiones del cuerpo. Hoy la situación parece mucho más compleja: el cuerpo individual funciona como una extensión de las tecnologías globales de comunicación. Dicho con la feminista americana Donna Haraway, el cuerpo del siglo XXI es una plataforma tecnoviva, el resultado de una implosión irreversible de sujeto y objeto, de lo natural y lo artificial. De ahí que la noción misma de «vida» resulte arcaica para identificar los actores de esta nueva tecnociencia. Por ello, Donna Haraway prefiere la noción de «tecnobiopoder» a la foucaultiana de «biopoder»,

²⁶ Donna Haraway, *Testigo_Modesto@Segundo Milenio. HombreHembra Conoce Oncorotón, Feminismo y tecnociencia*, UOC, Barcelona, 2004, pág. 29.

puesto que ya no se trata de poder sobre la vida, de poder de gestionar y maximizar la vida, como quería Foucault, sino de poder y control sobre un todo tecnovivo conectado²⁷.

En el circuito de tecnoproducción de excitación no hay ni cuerpos vivos ni cuerpos muertos, sino conectores presentes o ausentes, actuales o virtuales. Las imágenes, los virus, los programas informáticos, los internautas, las voces que responden a los teléfonos rosas, los fármacos, y los animales de laboratorio en los que estos son testados, los embriones congelados, las células madre, las moléculas de alcaloides activos... no presentan en la actual economía global un valor en tanto que «vivos» o «muertos», sino en tanto que integrables en una bioelectrónica de la excitación global o no. Haraway nos recuerda que «las figuras del *cyborg*, así como la semilla, el chip, el gen, la base de datos, la bomba, el feto, la raza, el cerebro y el ecosistema, descienden de implosiones de sujetos y objetos, de lo natural y lo artificial»²⁸. En este sentido, todo cuerpo, incluso un cuerpo «muerto», puede suscitar fuerza orgásmica, y por tanto ser portador de potencia de producción de capital sexual. Esta fuerza que se deja convertir en capital no reside en el bios-, tal como se entiende desde Aristóteles hasta Darwin, sino en el *tecnoeros*, en el cuerpo tecnovivo encantado y su cibernética amorosa. De aquí la conclusión: tanto biopolítica (política de control y producción de la vida) como tanatopolítica (política de control y gestión de la muerte) funcionan como farmacopornopolíticas, gestiones planetarias de la *potentia gaudendi*.

El sexo, los órganos sexuales, el pensamiento, la atracción, se desplazan al centro de la gestión tecnopolítica en la medida en la que está en juego la posibilidad de sacarle provecho a la fuerza orgásmica. Si los teóricos del postfordismo se interesan por el trabajo inmaterial, por el «trabajo no-objetividad»²⁹, por «el trabajo afectivo»³⁰, a los teóricos del capitalismo farmacopornográfico nos interesa el trabajo sexual como proceso de subjetivación, abriendo la posibilidad de hacer del sujeto una reserva interminable de corrida planetaria transformable en capital, en abstracción, en dígito.

²⁷ Donna Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid, 1995.

²⁸ Donna Haraway, *op. cit.*, 2004, pág. 29.

²⁹ Paolo Virno, *Gramática de la multitud*, *op. cit.*, pág. 85.

³⁰ Michael Hardt y Toni Negri, *Multitudes*, *op. cit.*, pág. 134.

No debemos leer esta teoría de la «fuerza orgásmica» a través de un prisma hegeliano paranoico o rousseauniano utópico/distópico: el mercado no es un poder exterior que viene a expropiar, reprimir o controlar los instintos sexuales del individuo. Nos enfrentamos, por el contrario, a la más difícil de las situaciones políticas: el cuerpo no conoce su fuerza orgásmica hasta que no la pone a trabajar.

La fuerza orgásmica en tanto que fuerza de trabajo se ha visto progresivamente regulada por un estricto control tecnobiopolítico. La misma relación de compra/venta y de dependencia que unía al capitalista y al obrero regía hasta hace poco la relación entre los géneros como relación entre eyaculador y facilitador de eyaculación. De aquí la definición: lo femenino, lejos de ser una naturaleza, es la cualidad que cobra la fuerza orgásmica cuando puede ser convertida en mercancía, en objeto de intercambio económico, es decir, en trabajo. Evidentemente un cuerpo masculino puede ocupar (y, de hecho, ocupa ya) en el mercado de trabajo sexual una posición de género femenina, es decir, puede ver su potencia orgásmica reducida a capacidad de trabajo.

Pero el control de la potencia orgásmica no define únicamente la diferencia de género, la dicotomía femenino/masculino; sino también, y de modo más general, la diferencia tecnobiopolítica entre heterosexualidad y homosexualidad. La patologización de la masturbación y de la homosexualidad en el siglo XIX acompaña a la constitución de un régimen en el que la fuerza orgásmica colectiva es puesta a trabajar en función de la reproducción heterosexual de la especie. Esta situación se verá drásticamente transformada con la posibilidad de sacar beneficios de la masturbación a través del dispositivo pornográfico y de controlar técnicamente la reproducción sexual a través de la píldora y de la inseminación artificial.

Si pensamos, siguiendo a Marx, que «la fuerza de trabajo no es el trabajo realmente realizado, sino la simple potencia de trabajar»³¹, entonces habrá que decir que cualquier cuerpo, humano o animal, real o virtual, femenino o masculino posee esta potencia masturbatoria, potencia de hacer eyacular, *potentia gaudendi*, por tanto, potencia productora de capital fijo —puesto

³¹ Paolo Virno, *op. cit.*, pág. 18.

que participa en el proceso productivo sin consumirse en el proceso mismo—. Hasta ahora hemos conocido una relación directa entre pornificación del cuerpo y grado de opresión. Así, los cuerpos históricamente más pornificados han sido el cuerpo de la mujer, el cuerpo infantil, el cuerpo racializado del esclavo, el cuerpo del joven trabajador, el cuerpo homosexual. Pero no hay relación ontológica entre anatomía y *potentia gaudendi*. Corresponde al escritor francés Michel Houellebecq el mérito de haber sabido dibujar una fabulación distópica de este nuevo poder del capitalismo global para fabricar la megafurcia y el megapollón: en este contexto, el nuevo sujeto hegemónico es un cuerpo (a menudo codificado como masculino, blanco, heterosexual) farmacopornográficamente suplementado (por el Viagra, la cocaína, la pornografía, etc.), consumidor de servicios sexuales pauperizados (a menudo ejercidos por cuerpos codificados como femeninos, infantiles, racializados):

[...] Cuando puede, el occidental *trabaja*; su trabajo suele aburrirle o exasperarle, pero él finge que le interesa. A los cincuenta años, cansado de la enseñanza, de las matemáticas y de todo lo demás, decidí descubrir el mundo. Acababa de divorciarme por tercera vez; a nivel sexual, no esperaba nada de particular. Primero viajé a Tailandia; inmediatamente después fui a Madagascar. Desde entonces no he vuelto a follar con una blanca; ni siquiera he vuelto a tener ganas de hacerlo. Créame —dijo, poniendo una mano firme en el antebrazo de Lionel—, ya no encontrará en una blanca el coño suave, dócil, flexible y musculoso, todo eso ha desaparecido por completo ³².

Aquí la potencia no se encuentra simplemente *en* el cuerpo («femenino» o «infantil») como espacio tradicionalmente imaginado como prediscursivo y natural, sino en un conjunto de representaciones que lo transforman en sexual y deseable. Se trata en todo caso de un cuerpo siempre farmacopornográfico, un cuerpo efecto de un amplio dispositivo de representación y producción cultural.

Revelar nuestra condición de trabajadores/consumidores farmacopornográficos es la condición de posibilidad de toda teoría

³² Michel Houellebecq, *Plataforma*, Anagrama, Barcelona, 2004, pág. 104.

crítica contemporánea. Si la actual teoría de la feminización del trabajo esconde el *cum-shot*, la eyaculación videográfica detrás de la pantalla de la comunicación cooperante, es quizá porque los filósofos de la biopolítica, a diferencia de Houellebecq, prefieren no revelar su calidad de clientes del farmacopornomercado global.

En el primer tomo de *Homo Sacer*, Giorgio Agamben retoma el concepto de «vida desnuda» de Walter Benjamin para designar el estatuto biopolítico del sujeto después de Auschwitz, cuyo paradigma serían el interno del campo de concentración o el inmigrante ilegal retenido en un centro de permanencia temporal: ser reducido a existencia física, despojado de todo estatuto jurídico o de ciudadanía³³. Podríamos añadir a esta noción de vida desnuda la de «vida farmacopornográfica», pues lo propio del cuerpo despojado de todo estatuto legal o político en nuestras sociedades postindustriales es servir como fuente de producción de *potentia gaudendi*. En este sentido, lo que caracterizaría a aquellos que según Agamben se ven reducidos a «vida desnuda» tanto en las sociedades democráticas como en los regímenes fascistas es precisamente poder ser objeto de una explotación farmacopornográfica máxima. Por ello no es de extrañar que códigos similares de representación pornográfica dominen las imágenes de los prisioneros de Abu Ghraib o Guantánamo, la representación erotizada de los adolescentes tailandeses y las páginas de *Hot Magazine*. Todos estos cuerpos funcionan ya, y de manera inagotable, como fuentes carnales y numéricas de capital eyaculante. La distinción aristotélica entre *zoe* y *bios*, vida animal desprovista de toda intencionalidad frente a la vida digna, vida dotada de sentido, de autodeterminación y sustrato del gobierno biopolítico, habría que sustituirla hoy por la distinción entre *raw* y *bio-tech*, entre crudo y biotecnoculturalmente producido, siendo esta última la condición de la vida en la era farmacopornista. La realidad biotecnológica desprovista de toda condición cívica (el cuerpo del emigrante, del deportado, del colonizado, de la actriz o del actor porno, de la trabajadora sexual, del animal de laboratorio, etc.) es la del *corpus* (ya no *homo*) *pornograficus*, cuya vida (condición técnica más que puramente biológica), desprovista de derechos de ciudadanía, autor y trabajo, está expuesta a

³³ Giorgio Agamben, *Homo Sacer: el poder soberano y la nuda vida*, vol. I, Pre-Textos, Valencia, 1998.

y es construida por aparatos de autovigilancia, publicitación y mediatización globales. Y todo ello en nuestras democracias postindustriales no tanto bajo el modelo distópico del campo de concentración o de exterminio, fácilmente denunciabile como dispositivo de control, sino formando parte de un *burdel-laboratorio global integrado multimedia*, en el que el control de los flujos y los afectos se lleva a cabo a través de la forma pop de la excitación-frustración.

EXCITAR Y CONTROLAR

La transformación progresiva de la cooperación sexual en principal fuerza productiva no podría darse sin el control técnico de la reproducción. De modo que no hay porno sin píldora y sin Viagra. O, inversamente, no hay Viagra ni píldora sin porno. En realidad, el nuevo tipo de producción sexual implica un control detallado y estricto de las fuerzas de reproducción de la especie. No hay pornografía sin una vigilancia y un control farmacopolítico paralelo. A ello se añade la actual industrialización de la reproducción: *in vitro*, inseminación artificial, vigilancia del embarazo, motorización y previsión intencional del parto, etc. Se desmorona así progresivamente la división sexual del trabajo tradicional. El capitalismo farmacopornográfico inaugura una nueva era en la que el mejor negocio es la producción de la especie misma, de su alma y de su cuerpo, de sus deseos y afectos. El biocapitalismo contemporáneo no produce «nada», excepto la propia especie. A pesar de que estamos acostumbrados a hablar de sociedad de consumo, los objetos que consumimos son el confeti sólido de una producción virtual psicotóxica. Consumimos aire, sueños, identidad, relación, alma. Este nuevo capitalismo farmacopornográfico funciona en realidad gracias a la gestión biomediática de la subjetividad, a través de su control molecular y de producción de conexiones virtuales audiovisuales.

La industria farmacéutica y la industria audiovisual del sexo son los dos pilares sobre los que se apoya el capitalismo contemporáneo, los dos tentáculos de un gigantesco y viscoso circuito integrado. Controlar la sexualidad de los cuerpos codificados como mujeres y hacer que se corran los cuerpos codificados como hombres; he aquí el que fue el farmacopornoprograma de la segunda

mitad del siglo XX. La píldora, el Prozac y el Viagra son a la industria farmacéutica lo que la pornografía, con su gramática de mamada, penetración y *cum-shot*, es a la industria cultural: el *jack-pot* del biocapitalismo postindustrial.

El cuerpo posmoderno se vuelve al mismo tiempo colectivamente deseable y real gracias a su gestión farmacológica y a su promoción audiovisual. Vivimos en una era tóxico-porno. Dos dominios en los que Estados Unidos detenta, por el momento y quizá no por mucho tiempo, la hegemonía mundial. Estas dos fuerzas de creación de capital no dependen de una economía de la producción, sino de una economía de la invención. Como señala Philippe Pignarre, «la industria farmacéutica es uno de los sectores económicos en los que el coste de la investigación y el desarrollo son muy elevados mientras que los costes de fabricación son extremadamente bajos. A diferencia de la industria del automóvil, no hay nada más fácil que reproducir un medicamento, que asegurar su síntesis química masiva, mientras que no hay nada más difícil y costoso que inventarlo»³⁴. Del mismo modo, nada menos costoso que filmar una mamada, una penetración vaginal o anal con una cámara de vídeo. Las drogas, como los orgasmos y los libros, son relativamente fáciles y baratos de fabricar. Lo difícil es su concepción, su distribución y su consumo³⁵. El biocapitalismo farmacopornográfico no produce cosas. Produce ideas móviles, órganos vivos, símbolos, deseos, reacciones químicas y estados del alma. En biotecnología y en pornocomunicación no hay objeto que producir, se trata de *inventar* un sujeto y producirlo a escala global.

En el biocapitalismo, una enfermedad adviene al dominio de la realidad como consecuencia de un modelo médico y farmacéutico, como resultado de un soporte técnico e institucional capaz de explicarla discursivamente, de materializarla y tratarla de forma más o menos operativa. Desde un punto de vista farmacopolítico, el tercio de la población africana afectada por el sida *no está realmente enferma*. Los miles de seropositivos que mueren

³⁴ Philippe Pignarre, *Le grand secret de l'industrie pharmaceutique*, La Découverte, París, 2004, pág. 18.

³⁵ Maurizio Lazzarato, *Puissance de l'invention, La psychologie économique de Gabriel Tarde contre l'économie politique*, Les Empêcheurs de penser en rond, París, 2002.

cada día en el continente africano son biocuerpos precarios cuya supervivencia no ha sido *todavía* capitalizada por la industria farmacéutica occidental. Para el sistema farmacopornográfico estos cuerpos no están *ni* muertos, *ni* vivos. Existen en un estado pre-farmacopornográfico, o, lo que es lo mismo, sus vidas no son susceptibles de producir beneficio eyaculante. Son simplemente cuerpos excluidos del régimen tecnobiopolítico. Es posible imaginar el surgimiento de una industria farmacéutica oriental o africana que pudiera abastecer de triterapias o terapias retrovirales similares a bajo coste a todos los países de Asia y África. Igualmente, si no hay programas de investigación farmacológica para conseguir una vacuna de la malaria (cinco millones de muertos anuales en el continente africano) es porque los países que la necesitan no podrán pagarla. Mientras tanto, las multinacionales occidentales se embarcan en costosos programas de producción de Viagra o de nuevos tratamientos contra el cáncer de próstata. Fuera de cálculos de rentabilidad farmacopornográfica, ni las disfunciones eréctiles ni el cáncer de próstata resultan prioritarios en países donde la esperanza de vida del cuerpo humano, atacado por la tuberculosis, la malaria y el sida, no pasa de los cincuenta y cinco años³⁶.

En el capitalismo farmacopornográfico, el deseo sexual y la enfermedad comparten una misma plataforma de producción y cultivo: no existen sin soportes técnicos, farmacéuticos y mediáticos capaces de materializarlos.

³⁶ Michael Kramen y Christopher M. Snyder, «Why Is There No AIDS Vaccine?», The Center for Global Development National Bureau of Economic Research, Universidad de Harvard, junio 2006.

6 TECNOGÉNERO

La invención de la categoría de «género» (*gender*) constituye el índice de emergencia del nuevo régimen farmacopornográfico de la sexualidad. Lejos de ser la creación de la agenda feminista de los años sesenta, la categoría de género pertenece al discurso biotecnológico de finales de los años cuarenta. El género, la masculinidad y la feminidad son inventos de la Segunda Guerra Mundial que conocerán su plena expansión comercial durante la guerra fría como la comida enlatada, el ordenador, las sillas de plástico, la energía nuclear, la televisión, la tarjeta de crédito, el bolígrafo desechable, el código de barras, la cama hinchable o el satélite artificial. Digámoslo cuanto antes: este nuevo modelo no se caracteriza simplemente por la transformación del sexo en objeto de gestión política de la vida, sino, y sobre todo, por el hecho de que esta gestión se opera a través de las nuevas dinámicas del tecno-capitalismo avanzado.

A la rigidez del sexo del siglo XIX, John Money, el psicólogo infantil encargado del tratamiento de los bebés intersexuales, va a oponer la plasticidad tecnológica del género. Utiliza por primera vez la noción de *gender* en 1947 y la desarrolla clínicamente más tarde con Anke Ehrhardt y Joan y John Hampson para hablar de la posibilidad de modificar hormonal y quirúrgicamente el sexo de los bebés nacidos con órganos genitales y/o cromosomas que la medicina, con sus criterios visuales y discursivos, no puede clasificar solo como femeninos o masculinos¹. Cuando

¹ Money, Hampson y Hampson, *op. cit.*, 1957, págs. 333-336.

Money utiliza la noción de «género» para nombrar el «sexo psicológico», piensa sobre todo en la posibilidad de utilizar la tecnología para modificar el cuerpo según un ideal regulador preexistente que prescribe cómo debe ser un cuerpo humano femenino o masculino². Si en el sistema disciplinario decimonónico, el sexo era natural, definitivo, intransferible y trascendental; el género aparece ahora como sintético, maleable, variable, susceptible de ser transferido, imitado, producido y reproducido técnicamente.

Es curioso que cuando el feminismo de los años setenta retoma la noción de género para hacer de ella un instrumento de análisis crítico de la opresión de las mujeres, esta dimensión de producción técnica se perderá en beneficio de un constructivismo cultural *light*. El género aparecerá de forma progresiva, en los textos iniciáticos de Margaret Mead, Mary MacIntosh o Ann Oakley, como la «construcción social y cultural de la diferencia sexual»³, generando dos escollos residuales cuyos desastrosos efectos siguen presentes en las actuales «políticas de género» de carácter estatal o europeo: el sexo, entendido biológicamente no está sujeto a construcción cultural, mientras que el género enuncia, especialmente, la diferencia social, cultural y política de las mujeres en una sociedad y un momento histórico determinado. No es extraño que sea este el contexto que lleve al feminismo al callejón sin salida de los debates esencialismo/constructivismo, donde se afianzarán políticas estatales capaces de recuperar la retórica feminista como parte de un programa más amplio de control social.

Teresa de Lauretis es, junto con Judith Butler y Denise Riley, una de las primeras teóricas que a partir de los años ochenta van a examinar el marco epistemológico que opera en los discursos feministas. Es posible hablar de «teoría» feminista, nos advierte De Lauretis, solo cuando esta interroga sus propios fundamentos e interpretaciones críticas, sus términos, sus prácticas lingüísticas

² Joanne Meyerowitz, *How Sex Changed. A History of Transsexuality in the United States*, Harvard University Press, Cambridge, 2002, págs. 98-129.

³ Uno de los primeros textos en los que esta diferencia aparece tematizada claramente es: Ann Oakley, *Sex, Gender and Society*, Temple Smith, Londres, 1972. Véase también Christine Delphy, «Penser le genre: problèmes et résistances», *L'Ennemi Principal*, Nouvelles Questions Féministes, París, 2001.

y de producción de visibilidad. De Lauretis se pregunta cuál es el sujeto político que el feminismo como discurso y práctica de representación produce. La conclusión, lejos de toda autocomplacencia, es extremadamente crítica: el feminismo funciona o puede funcionar como un instrumento de normalización y de control político si reduce su sujeto a «las mujeres». Bajo la aparente neutralidad y universalidad del término «mujer» se ocultan una multiplicidad de vectores de producción de subjetividad: en términos de raza, de clase, de sexualidad, de edad, de diferencia corporal, geopolítica, etc. Dicho en términos lauretianos, el sujeto del feminismo es inevitablemente *excéntrico*, no coincide con «las mujeres», sino que se presenta como una fuerza de desplazamiento, como una práctica de transformación de la subjetividad⁴.

La máquina cinematográfica y sus modos específicos de registro, proyección, montaje, significación y descodificación servirán a De Lauretis como modelo para pensar la producción de la subjetividad sexual y de género. El sistema farmacopornográfico, podríamos decir siguiendo a De Lauretis, funciona como una máquina de representación somática, donde texto, imagen y corporalidad fluyen en el interior de un circuito cibernético. El género, en esta interpretación semiótico-política de De Lauretis, es el efecto de un sistema de significación, de modos de producción y de descodificación de signos visuales y textuales políticamente regulados. El sujeto es al mismo tiempo un productor y un intérprete de signos, siempre implicado en un proceso corporal de significación, representación y autorepresentación. «El género no es —escribe De Lauretis llevando la crítica del poder disciplinario de Foucault y la semiótica cinematográfica de Metz hasta el feminismo— un simple derivado del sexo anatómico o biológico, sino una construcción sociocultural, una representación, o mejor aún, el efecto del cruce de las representaciones discursivas y visuales que emanan de los diferentes dispositivos institucionales: la familia, la religión, el sistema educativo, los medios de comunicación, la medicina o la legislación; pero también de fuentes menos evidentes, como el lenguaje, el arte, la literatura, el cine y la teoría».

⁴ Teresa de Lauretis, «Eccentric Subjects: Feminist Theory and Historical Consciousness», *Feminist Studies*, 16, 1990, págs. 115-150.

Por ello prefiere el término «género» al término «mujeres» y el término «tecnología» al de «opresión». Allí donde el feminismo de los setenta veía opresión de mujeres, verá De Lauretis, exorcizando el fantasma de la mujer-víctima y del hombre-opresor, el funcionamiento de un conjunto de tecnologías de género que si bien operan de modo heterogénero sobre los hombres y las mujeres, producen no solo diferencias de género (hombre/mujer), sino también diferencias sexuales (homo/hétero, perverso, sado/maso...), raciales, de clase, corporalidad, edad, etc.

De Lauretis propone como campo posible de trabajo para el feminismo el análisis de las diferentes «tecnologías de género» que operan socialmente produciendo (siempre de forma precaria e inestable) sujetos de enunciación y de acción. La investigación de estas tecnologías del género no pueden en ningún caso reducirse a un estudio estadístico o sociológico de la situación de las mujeres en los distintos ámbitos de la producción de discurso, representación o corporalidad⁵. No se trata tampoco de que el género sea una diferencia cultural (a veces técnica; otras meramente ritual o performativa) que venga a modificar una base (el sexo) biológicamente dada. Es la subjetividad en su conjunto la que se produce en los circuitos tecno-orgánicos codificados en términos de género, de sexo, de raza, de sexualidad a través de los que circula el capital farmacopornográfico.

El género, como la píldora y el *oncomouse*, no emergen en el discurso político del feminismo, sino en los laboratorios del farmacopornismo. Dicho de otro modo, el negocio del farmacopornismo son las tecnologías del género, del sexo, de la sexualidad y de la raza. Tecnologías de producción de ficciones somáticas. Mientras Money trafica el género de los bebés hasta restituir sus tiernos cuerpos en sexo masculino o sexo femenino, el doctor Harry Benjamin administra estrógenos y testosterona a un nuevo tipo de paciente de la medicina estatal, un paciente adulto que dice no identificarse con el género que le fue asignado en el momento del nacimiento⁶. Surge así, en medio de la guerra fría, una

⁵ Teresa de Lauretis, *Tecnologies of Gender, Essays on Theory, Film and Fiction*, Indiana University Press, Bloomington, 1987.

⁶ Curiosamente, los criterios de asignación de género y los criterios de reasignación en caso de transexualidad ponen en marcha dos modelos metafísicos del cuerpo casi irreconciliables. Por una parte, los criterios de asignación de

nueva distinción ontológico-sexual entre los hombres y mujeres «bio», aquellos que conservan el género que les fue asignado en el momento del nacimiento, y los hombres y las mujeres «trans» o «tecno», aquellos que apelarán a las tecnologías hormonales, quirúrgicas y/o legales para modificar esa asignación. Esta distinción entre bio-hombre/bio-mujer y trans-hombre/trans-mujer aparece en realidad a finales del siglo XX en las comunidades transexuales de Estados Unidos e Inglaterra, más sexotecnificadas y más organizadas políticamente que en otros países de Europa o de Oriente, para denominar respectivamente a aquellas personas que se identifican con el sexo que les ha sido asignado en el nacimiento (bio) y aquellos que contestan esa asignación y desean modificarla con la ayuda de procedimientos técnicos, protéticos, performativos y/o legales (trans). Utilizaré a partir de aquí esta nomenclatura sabiendo que ambos estatutos de género (bio y trans) son técnicamente producidos. Ambos dependen de métodos de reconocimiento visual, de producción performativa y

sexo masculino o femenino que permiten decidir si un cuerpo es «femenino» o «masculino» en el momento del nacimiento (o *in utero*, a través de la ecografía o la videoeecografía) dependen de un modelo de reconocimiento visual que se pretende empírico, y donde los significantes (cromosomas, talla de los genitales, etc.) se presentan como verdades científicas. Aquí, hacer visible un cuerpo implica asignarlo unívoca y definitivamente como masculino o femenino. Estamos aquí frente a una ontología escópica: lo real es lo visible. Sin embargo, la idea según la cual existe un verdadero «sexo psicológico» distinto de aquel que ha sido asignado en el nacimiento, el sentimiento interior de ser un «hombre» o una «mujer» pertenece a un modelo de lo radicalmente invisible, no representable, a un modelo que se asemeja al del inconsciente freudiano, es decir, a una ontología inmaterial: lo real no se ofrece a los sentidos, es por definición aquello que escapa a la descodificación sensible. Si estos dos modelos pueden funcionar juntos es gracias a un bioplatonismo común que les sujeta, como tirando de ellos desde arriba. Habría que imaginar los ideales biopolíticos de la masculinidad y la feminidad como esencias transcendentales elevadas desde las que cuelgan, en suspensión, estéticas de género, códigos normativos de reconocimiento visual, invisibles convicciones psicológicas que conducen al sujeto a afirmarse como masculino o femenino, como hombre o mujer, como heterosexual u homosexual, como bio- o trans-. Ni los criterios visuales que rigen la asignación de sexo en el nacimiento, ni los criterios psicológicos que hacen que alguien se considere «interiormente» como hombre o mujer tienen realidad material. Ambos son ideales reguladores, ficciones políticas que encuentran en la biosubjetividad individual su soporte somático. Esta oposición es discutida por Judith Butler en *Deshacer el género*, op. cit., págs. 89-112.

de control morfológico comunes. La diferencia entre uno y otro depende de la resistencia a la norma, de la conciencia de los procesos técnicos (farmacopornográficos) de la producción de la masculinidad y la feminidad, y del reconocimiento social en el espacio público. No hay aquí un juicio de valor implícito: el género trans no es mejor ni más político que el género bio. Hay transexuales, por ejemplo, que afirman haber nacido «encerrados en el cuerpo del sexo contrario» y que creen que los dispositivos técnicos puestos a su servicio por la medicina contemporánea no son sino formas de desvelar su *auténtico y verdadero* sexo. Otros transexuales afirman su condición *gender queer*, de desviados de género, y rechazan las asignaciones hombre y mujer como imposiciones normativas. Por el momento, la diferencia (política más que somática) entre personas biogénero y personas transgénero parece abismal y dramática, pero se volverá obsoleta durante los siglos venideros.

Judith Butler ha definido agudamente el género como un sistema de reglas, convenciones, normas sociales y prácticas institucionales que producen *performativamente* el sujeto que pretenden describir. A través de una lectura cruzada de Austin, Derrida y Foucault, Butler ha identificado el género no como una esencia o una verdad psicológica, sino como una práctica discursiva y corporal performativa a través de la cual el sujeto adquiere inteligibilidad social y reconocimiento político. Me interesa investigar aquí la dimensión semiótico-técnica de esa producción performativa. Así, la noción de *gender* inventada por Money es, ante todo, un instrumento de racionalización del ser vivo donde el cuerpo es tan solo uno de los parámetros. *Género* es una noción necesaria para la aparición y el desarrollo de una serie de técnicas farmacopornográficas de normalización y transformación del ser vivo —como la fotografía de los «desviados», la identificación celular, el análisis y la terapia hormonales, la lectura cromosómica o la cirugía transexual e intersexual—. Sería por ello más correcto, en términos ontopolíticos, hablar de «tecnogénero» si queremos dar cuenta del conjunto de técnicas fotográficas, biotecnológicas, quirúrgicas, farmacológicas, cinematográficas o cibernéticas que constituyen performativamente la materialidad de los sexos.

Así, por ejemplo, antes de la aparición y el perfeccionamiento de las técnicas hormonales y quirúrgicas en torno a 1950, la invención de la fotografía a finales del siglo XIX será crucial para la

producción del nuevo sujeto sexual y de su verdad visual. Si bien es cierto que este proceso de producción de la diferencia sexual a través de técnicas de representación del cuerpo había ya comenzado en el siglo XVII con el dibujo anatómico y pornográfico⁷, la fotografía dará por primera vez un valor de realismo visual a esta producción técnica del cuerpo. Tomemos, por ejemplo, una de las imágenes habituales de la representación de los llamados hermafroditas y de los invertidos de esta época realizada por Nadar en 1860: un cuerpo denominado «X» en las historias médicas aparece acostado, las piernas abiertas, cubierto tan solo de una combinación blanca que ha sido levantada hasta el pecho, dejando al descubierto su pelvis. Los órganos sexuales son expuestos a la mirada fotográfica por una mano externa. La imagen da cuenta de su propio proceso de producción discursiva. Comparte los códigos de la representación pornográfica que aparecen en esta misma época: la mano del médico al mismo tiempo oculta y muestra los órganos sexuales estableciendo así una relación de poder entre el sujeto y el objeto de la representación. El rostro y, sobre todo, los ojos del paciente han sido borrados; el paciente no puede ser agente de su propia representación. La verdad del sexo toma aquí el carácter de una revelación visual, proceso en el que la fotografía participa como un catalizador ontológico que explicita una realidad que no podría manifestarse de otro modo.

Un siglo después, en 1980, la antropóloga Susan Kessler denunciará los códigos estéticos (por ejemplo, talla y forma del pene o el clítoris) que dominan los protocolos médicos de asignación del sexo de los bebés en el momento del nacimiento en nuestra sociedad. Si estos códigos visuales no parecen haberse modificado excesivamente desde finales del siglo XIX, las actuales posibilidades técnicas de modificación del cuerpo introducen diferencias sustanciales en el proceso de asignación y producción de la feminidad y la masculinidad en la era farmacopornográfica: el proceso de normalización (asignación, reasignación), que antes solo podía llevarse a cabo a través de la representación discursiva o fotográfica, se inscribe ahora en la estructura misma del ser vivo a través de técnicas quirúrgicas y endicronológicas. Así, por ejemplo, si un bebé nace con un pene que, de acuerdo a estos

⁷ Thomas Laqueur, *op. cit.*, 1994, págs. 154-163.

criterios somatopolíticos visuales, aparece como excesivamente pequeño, el llamado «micropene» será amputado, los genitales reconstruidos en forma de vagina y se le aplicará una terapia de sustitución hormonal a base de estrógenos y progesterona para asegurar que su desarrollo «sexual» exterior sea identificable como femenino⁸. Lejos de la rigidez y de la exterioridad de las técnicas de normalización del cuerpo desplegadas por los sistemas disciplinarios de finales del siglo XIX y principios del XX, las nuevas técnicas de género del bio-capitalismo farmacopornográfico son flexibles, internas y asimilables. El género del siglo XXI funciona como un dispositivo abstracto de subjetivación técnica: se pega, se corta, se desplaza, se cita, se imita, se traga, se inyecta, se injerta, se digitaliza, se copia, se diseña, se compra, se vende, se modifica, se hipoteca, se transfiere, se *download*, se aplica, se transcribe, se falsifica, se ejecuta, se certifica, se permuta, se dosifica, se suministra, se extrae, se contrae, se sustrae, se niega, se reniega, se traiciona, muta.

El régimen farmacopornográfico de la sexualidad no puede funcionar sin la circulación de una enorme cantidad de flujos semioticotécnicos: flujos de hormonas, flujos de silicona, flujos digitales, textuales y de la representación..., en definitiva, sin un tráfico constante de biocódigos de género. En esta economía política del sexo, la normalización de la diferencia depende del control, de la reapropiación y del uso de esos flujos de género.

La cartografía sexual de Occidente a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, con su perenne división sexual y su clasificación de sexualidades normales y desviadas, depende de la gestión legal y mercantil de las moléculas que dominan la producción de los fenotipos (singos externos) que culturalmente reconocemos como femeninos y masculinos, normales o desviantes, sexuales o neutros (por ejemplo, el vello facial, la talla y forma de los genitales, el tono de la voz, etc.), de la gestión tecnopolítica de la reproducción de la especie, del control farmacológico de nuestros sistemas inmunitarios y de su resistencia a la agresión, la enfermedad y la muerte. La misma «mujer barbuda» que en el

⁸ Susan Kessler, «The Medical Construction of Gender: Case Management of Intersex Infants», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 16, I, 1990; y Susan Kessler y Wendy McKenna, *Gender: An Ethnomethodological Approach*, John Wiley, Nueva York, 1990.

sistema sexodisciplinario decimonónico había sido considerada como una anomalía monstruosa, cuyo cuerpo se había hecho visible dentro de los cánones espectaculares del circo y de los *freak shows*, se convierte, en el sistema farmacopornográfico, en un caso clínico de «hirsutismo» y, por tanto, en potencial usuaria del sistema de sanidad y en consumidora de moléculas de fabricación técnica destinadas a la normalización hormonal (androcúra para neutralizar su producción de testosterona). Feminidad-vello-invisibilidad-visibilidad-circo-hirsutismo-androcúra-cosmética-invisibilidad-feminidad. Su cuerpo circula así por distintos espacios: si su lugar era antes el circo o la oscuridad, hoy es la clínica estética, con sus técnicas cosméticas de depilación y de regulación del crecimiento del vello facial.

El género (feminidad/masculinidad) no es ni un concepto, ni una ideología, ni una *performance*: se trata de una ecología política. La certeza de ser hombre o mujer es una ficción somatopolítica producida por un conjunto de tecnologías de domesticación del cuerpo, por un conjunto de técnicas farmacológicas y audiovisuales que fijan y delimitan nuestras potencialidades somáticas funcionando como filtros que producen distorsiones permanentes de la realidad que nos rodea. El género funciona como un programa operativo a través del cual se producen percepciones sensoriales que toman la forma de afectos, deseos, acciones, creencias, identidades. Uno de los resultados característicos de esta tecnología de género es la producción de un saber interior sobre sí mismo, de un sentido del yo sexual que aparece como una realidad emocional evidente a la conciencia: «soy hombre», «soy mujer», «soy heterosexual», «soy homosexual» son algunas de las formulaciones que condensan saberes específicos sobre uno mismo, actuando como núcleos biopolíticos y simbólicos duros en torno a los cuales es posible aglutinar todo un conjunto de prácticas y discursos. La testosterona corresponde, junto con la oxitocina, la serotonina, la codeína, la cortisona, el estrógeno, el Omeoprazol, etc., al conjunto de moléculas disponibles hoy para fabricar la subjetividad y sus afectos.

Estamos equipados tecnobiopolíticamente para follar, reproducirnos o controlar técnicamente la posibilidad de la reproducción. Vivimos bajo el control de tecnologías moleculares, de camisas de fuerza hormonales destinadas a mantener las estructuras de poder de género: las chicas blancas hiperestrogenadas lloran-

do por los chicos que las follan y las dejan tiradas, las chicas no-blancas amenazadas sistemáticamente de violación o de violencia, los chicos blancos controlando sus asquerosas pulsiones sexuales, los chicos no-blancos perseguidos por el poder estatal que criminaliza y castiga sus asquerosas y violentas pulsiones sexuales. Y el Estado sacando placer de la producción y del control de nuestra repugnante subjetividad. De nuevo, chute y eyaculación. Violencia de género = violencia del sistema de género.

El objetivo de estas tecnologías farmacopornográficas es la producción de una prótesis política viva: un cuerpo suficientemente dócil como para poner su *potentia gaudendi*, su capacidad total y abstracta de crear placer, al servicio de la producción de capital. Fuera de estas ecologías somaticopolíticas que regulan el género y la sexualidad, no hay ni hombres ni mujeres, del mismo modo que no hay ni heterosexualidad ni homosexualidad.

Nos equipan molecularmente para asegurar la complicidad con las formaciones represivas dominantes. Pero el cuerpo farmacopornográfico, como antes el cuerpo sexo-disciplinado de finales del siglo XIX, y a diferencia de lo afirmado por Foucault, no es dócil⁹. No es un simple efecto de los sistemas farmacopornográficos de control, sino que es primero y ante todo potencia de vida, *potentia gaudendi* que aspira a trasferirse a todo y a todos, ganas de correrse con el universo, fuerza de transformación del todo planetario tecnocultural interconectado.

Llamo «programación de género» a una tecnología psicopolítica de modelización de la subjetividad que permite producir sujetos que se piensan y actúan como cuerpos individuales, que se autocomprenden como espacios y propiedades privadas, con una identidad de género y una sexualidad fijas. La programación de género dominante parte de la siguiente premisa: un individuo = un cuerpo = un sexo = un género = una sexualidad. Desmontar estas programaciones de género, proceso de deconstrucción que podría asemejarse a lo que Judith Butler denomina *undoing gender*¹⁰, implica a menudo un conjunto de operaciones de desnaturalización y desidentificación: el dispositivo *drag king* y la

⁹ Michel Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, cap. 1, parte III: «Cuerpos dóciles», Siglo XXI, Madrid, 1996.

¹⁰ Judith Butler, *Des hacer el género*, Paidós, Barcelona, 2006.

autoexperimentación hormonal, son tan solo dos de estas operaciones.

Existe una multiplicidad de modelos de *genderización*, de programaciones de género, dependiendo del momento histórico, del contexto político y cultural. Algunos de ellos han perdido su potencial de subjetivación (los sistemas de *genderización* matriarcal o la pedofilia griega, por ejemplo) porque las ecologías políticas que los activaban han desaparecido. Otros se encuentran en plena transformación. Este es el caso de nuestro propio modelo de *genderización*.

En el régimen farmacopornográfico, el género se construye en esas redes de materialización biopolítica y se reproduce y consolida socialmente a través de su transformación en espectáculo, en imagen en movimiento, en dígito, en cybercódigo. No hay género masculino y femenino más que frente a un público, es decir, como construcción somato-discursiva de carácter colectivo, frente a la comunidad científica o la red. El género es público, es comunidad científica, es red.

Algunos códigos semiótico-técnicos de la feminidad pertenecientes a la ecología política farmacopornográfica:

Mujercitas, el coraje de las madres, la píldora, cóctel hipercargado de estrógenos y progesterona, el honor de las vírgenes; *La bella durmiente*, la bulimia, el deseo de un hijo, la vergüenza de la desfloración; *La sirenita*, el silencio frente a la violación; *Cenicienta*, la inmoralidad última del aborto, los pastelitos, saber hacer una buena mamada, el Lexomil, la vergüenza de no haberlo hecho todavía; *Lo que el viento se llevó*, decir no cuando quieres decir sí, quedarse en casa, tener las manos pequeñas, los zapatitos de Audrey Hepburn, la codeína, el cuidado del cabello, la moda, decir sí cuando quieres decir no, la anorexia, el secreto de saber que quien te gusta realmente es tu amiga, el miedo a envejecer, la necesidad constante de estar a dieta, el imperativo de la belleza, la cleptomanía, la compasión, la cocina, la sensualidad desesperada de Marilyn Monroe, la manicura, no hacer ruido al pasar, no hacer ruido al comer, no hacer ruido, el algodón inmaculado y cancerígeno del Tampax, la certitud de la maternidad como lazo natural, no saber gritar, no saber pegar, no saber matar, no saber mucho de casi nada o saber mucho de todo pero no

poder afirmarlo, saber esperar, la elegancia discreta de lady Di, el Prozac, el miedo de ser una perra calentona, el Valium, la necesidad del *string*, saber contenerse, dejarse dar por el culo cuando hace falta, resignarse, la depilación justa del pubis, la depresión, la seda, las bolsitas de lavanda que huelen bien, la sonrisa, la momificación en vida del rostro liso de la juventud, el amor antes que el sexo, el cáncer de mama, ser una mantenida, que tu marido te deje por otra más joven...

Algunos códigos semiótico-técnicos de la masculinidad pertenecientes a la ecología política farmacopornográfica:

Río Grande, el fútbol, *Rocky*, llevar los pantalones, saber dar una hostia cuando es necesario; *Scarface*, saber levantar la voz; *Platoon*, saber matar, los medios de comunicación, la úlcera de estómago, la precariedad de la paternidad como lazo natural, el buzo, el sudor, la guerra (aunque sea en su versión televisiva), Bruce Willis, la Intifada, la velocidad, el terrorismo, el sexo por el sexo, que se te levante como a Rocco Siffredi, saber beber, ganar dinero, Omeoprazol, la ciudad, el bar, las putas, el boxeo, el garage, la vergüenza de que no se te levante como a Rocco Siffredi, el Viagra, el cáncer de próstata, la nariz rota, la filosofía, la gastronomía, tener las manos sucias, Bruce Lee, pagar una pensión a tu ex mujer, la violencia doméstica, las películas de horror, el porno, el juego, las apuestas, los ministerios, el Gobierno, el Estado, la dirección de empresa, la charcutería, la pesca y la caza, las botas, la corbata, la barba de dos días, el alcohol, el infarto, la calvicie, la fórmula 1, el viaje a la Luna, la borrachera, colgarse, los relojes grandes, los callos en las manos, cerrar el ano, la camaradería, las carcajadas, la inteligencia, el saber enciclopédico, la obsesión sexual, el donjuanismo, la misoginia, ser un *skin*, los *serial-killers*, el *heavy-metal*, dejar a tu mujer por otra más joven, el miedo a que te den por el culo, no ver a tus hijos después del divorcio, las ganas de que te den por el culo...

Antes pensaba que solo los que erámos como yo estábamos bien jodidos. Porque no somos ni seremos nunca ni mujercitas ni héroes de Río Grande. Ahora sé que en realidad todos estamos bien jodidos, no seremos nunca ni mujercitas ni héroes de Río Grande.

Nuestras sociedades contemporáneas son enormes laboratorios sexopolíticos en los que se producen los géneros. El cuerpo, los cuerpos de todos y cada uno de nosotros, son los preciosos enclaves en los que se libran complejas transacciones de poder. Mi cuerpo = el cuerpo de la multitud. Eso que llamamos sexo, pero también el género, la masculinidad y la feminidad, y la sexualidad son «técnicas del cuerpo»¹¹, extensiones biotecnológicas pertenecientes al sistema sexopolítico cuyo objetivo es la producción, reproducción y expansión colonial de la vida heterosexual humana sobre el planeta.

La historia de la normalización de género en Occidente está marcada por la invención, la combinación sintética y la comercialización de nuevas moléculas de gestión del cuerpo (fármaco-), así como de nuevas técnicas de representación (-porno) del género y de la sexualidad. La gestión farmacopornográfica (hormonal, quirúrgica, audiovisual) del género que comienza a partir de la Segunda Guerra Mundial forma parte de un conjunto más amplio de tecnologías de producción de la especie. Lo propio de este mecanismo cultural que en otros tiempos los marxistas dieron en llamar «ideología» es funcionar como un dispositivo técnico de producción fantasmático-prostética de cuerpos-subjetividad. Sin duda, el género (la masculinidad y la feminidad) es uno de los productos somático-mediáticos, farmacopornográficos, al mismo tiempo cuerpo e idea, entidad viva y código digital, que ha sido fabricado con mayor éxito por la industria farmacéutica y de la comunicación de finales del siglo XX.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, se crean «en laboratorio» los nuevos ideales biopolíticos de la masculinidad y la feminidad. Estos ideales de género no pueden existir en estado puro, existen únicamente dentro de nuestros *tecno-ecosistemas sexuales confinados*. En tanto que sujetos sexuales, habitamos parques de atracciones biocapitalistas. Somos hombres y mujeres de laboratorio. Efectos de una suerte de bioplatonicismo político-científico. Pero estamos vivos: al mismo tiempo materializamos el poder del sistema farmacopornográfico y su posibilidad de fallo.

¹¹ Marcel Mauss, «Techniques du corps» (1934) en *Sociologie et anthropologie*, PUF, París, 2001.

Si el concepto de género introduce una ruptura es precisamente porque constituye el primer momento reflexivo de esta economía de construcción de la diferencia sexual. A partir de aquí ya no hay marcha atrás. Money es a la historia de la sexualidad lo que Hegel es a la historia de la filosofía y Einstein es a la concepción del espacio-tiempo. El principio del final, la explosión del sexo-naturaleza, de la naturaleza-historia, del tiempo y el espacio como linealidad y extensión. Con la noción de género, el discurso médico deja al descubierto sus fundaciones arbitrarias, su carácter constructivista, abriendo al mismo tiempo la vía a nuevas formas de resistencia y de acción política. Cuando hablo de una ruptura introducida por la noción de género no pretendo designar el paso de un paradigma político a otro radicalmente distinto, ni una ruptura epistemológica que provocaría una forma de discontinuidad radical. Se trata más bien de una superposición de estratos a través de la cual diferentes técnicas de escritura del ser vivo se entrelazan y se re-escriben. El cuerpo en la era farmacopornográfica no es una materia pasiva, sino un interfaz tecno-orgánico, un sistema tecno-vivo segmentado y territorializado por diferentes modelos políticos (textuales, informáticos, bioquímicos). No hay aquí sucesión de modelos que serán superados históricamente por otros, ni rupturas, ni discontinuidades radicales, sino simultaneidad inconexa, acción transversal de varios modelos somatopolíticos que operan y constituyen, siguiendo diversas intensidades, diversos índices de penetración, diversos grados de efectividad en la producción de la subjetividad.

Daré solamente un ejemplo de esta yuxtaposición de ficciones somáticas que operan sobre nuestros cuerpos. ¿Cómo explicar que a principios del siglo XXI, la rinoplastia (la operación de nariz) sea considerada cirugía estética mientras que la vaginoplastia (construcción quirúrgica de una vagina) y la faloplastia (construcción quirúrgica de un pene) sean consideradas operaciones de cambio de sexo?¹² Podríamos decir que en la actualidad, y dentro de un mismo cuerpo, la nariz y los órganos sexuales se ven atravesados por dos regímenes netamente diferentes de po-

¹² Dean Spader, «Mutilating Gender», *The Transgender Studies Reader*, Susan Stryker y Stephen Whittle (eds.), Routledge, Nueva York, 2006, págs. 315-332.

der. Mientras que la nariz está regulada por un poder farmacopornográfico en el que un órgano se considera como propiedad individual y como objeto del mercado, los genitales siguen encerrados en un régimen pre-moderno y casi soberano de poder que los considera como propiedad del Estado (y por extensión, en este modelo teocrático, de Dios) y dependientes de una ley trascendental e inmutable. Pero el estatuto de los órganos en la sociedad farmacopornográfica está viéndose alterado rápidamente, de modo que una multiplicidad cambiante de regímenes de producción operan simultáneamente sobre un cuerpo. Aquellos que sobrevivan a la mutación en curso verán sus cuerpos cambiar de sistema semitótico-técnico, o, dicho de otro modo, dejarán de ser el cuerpo que fueron.

EL CREPÚSCULO DE LA HETEROSEXUALIDAD COMO NATURALEZA

Leyendo a Monique Wittig con Foucault, a Butler con Negri, podemos decir que la heterosexualidad es, ante todo, un concepto económico que designa una posición específica en el seno de las relaciones de producción y de intercambio basada en la reducción del trabajo sexual, del trabajo de gestación y del trabajo de crianza y cuidado de los cuerpos a trabajo no remunerado¹³. Lo propio de este sistema económico sexual es funcionar a través de lo que podríamos llamar con Judith Butler la coerción performativa, es decir, a través de procesos semioticotécnicos, lingüísticos y corporales de repetición regulada impuestos por convenciones culturales. La ascensión del capitalismo resulta inimaginable sin la institucionalización del dispositivo heterosexual como modo de transformación en plusvalía de los servicios sexuales, de gestación, de cuidado y crianza realizados por las mujeres y no remunerados históricamente. Podríamos así hablar de una deuda de trabajo sexual no pagada que los hombres heterosexuales habrían contraído históricamente con las mujeres del mismo modo que los países ricos se permiten hablar de una deuda externa de los países pobres. Si la deuda por servicios sexuales se abonara, correspondería a todas las mujeres del planeta

¹³ Monique Wittig, *El pensamiento heterosexual*, Egales, Madrid, 2005.

una renta vital suficiente para vivir sin trabajar durante el resto de sus vidas.

Pero la heterosexualidad no ha existido siempre. Más aún, si atendemos a los signos de tecnificación y de informatización del género que emergen a partir de la Segunda Guerra Mundial, podemos afirmar sin lugar a dudas que la heterosexualidad está llamada a desaparecer un día. De hecho, está desapareciendo. Esto no quiere decir que no habrá a partir de ahora relaciones sexuales entre bio-hombres y bio-mujeres, sino que las condiciones de la producción sexual (de cuerpos y de placeres) están cambiando drásticamente, y que estas se vuelven cada vez más similares a la producción de cuerpos y de placeres desviantes, sometidas a las mismas regulaciones farmacopornográficas, estando todos los cuerpos sometidos a los mismos procesos de producción tecnobiopolítica. Dicho de otro modo, en el tiempo presente, todas las formas de sexualidad y de producción de placer, todas las economías libidinales y biopolíticas están sujetas a un mismo régimen de producción farmacopornográfico, a las mismas tecnologías moleculares y digitales de producción del sexo, del género y de la sexualidad. Una de las características del régimen biopolítico heterosexual era el establecimiento, a través de un sistema científico de diagnóstico y clasificación del cuerpo, de una linealidad causal entre sexo anatómico (genitales femeninos o masculinos), género (apariencia, rol social, eso que después Judith Butler denominará *performance* femenina o masculina) y sexualidad (heterosexual o perversa). Según este modelo establecido por la psicopatología del siglo XIX a través de manuales como la *Psychopathia Sexualis* de Krafft-Ebing, a un sexo masculino le correspondía naturalmente una expresión de género masculino y una orientación heterosexual. Cualquier desviación de esta cadena causal estaba considerada como una patología. El descubrimiento, más bien la invención, de las hormonas sexuales y la posibilidad de su elaboración sintética a mediados del siglo XX modificará el carácter irreversible de las formaciones identitarias (tanto genitales, como de género o de sexualidad). Así, desde 1960, los mismos compuestos estrogenados serán utilizados para el control de la fertilidad de las bio-mujeres (cuerpos que la medicina válida como femeninos en el nacimiento y cuyo proceso de feminización político-técnico será considerado como parte de un devenir

natural) y para el cambio de sexo en casos de transexualidad femenina (M2F, de hombre a mujer); la misma testosterona hará girar las ruedas del Tour de Francia y transformará los cuerpos de los transexuales F2M, de mujer a hombre.

Esta maquinaria tecno-viva de la que formamos parte no es un todo coherente e integrado. Los dos polos de la industria farmacopornográfica (fármaco y porno) funcionan más en oposición que en convergencia. Mientras la industria pornográfica produce en su mayoría representaciones normativas (sexo = penetración con bio-pene) e idealizadas de la práctica heterosexual y homosexual ofreciendo como justificación de la asimetría entre bio-hombres y bio-mujeres una diferencia anatómicamente fundada (bio-hombre = bio-pene, bio-mujer = bio-vagina), la industria farmacológica, biotecnológica y las nuevas técnicas de reproducción asistida, a pesar de seguir funcionando dentro de un marco legal heteronormativo, no dejan de desdibujar las fronteras entre los géneros y de hacer del dispositivo político económico heterosexual en su conjunto una medida de gestión de la subjetividad obsoleta.

La dialéctica entre fármaco y porno se manifiesta ya a través de las contradicciones entre diversos biocódigos (*low-tech* o *high-tech*) de la subjetividad que proceden de regímenes diferentes de producción del cuerpo. Así, por ejemplo, familias (heterosexuales, homosexuales o monoparentales) donde la reproducción se ha llevado a cabo a través de fecundación *in vitro* con semen de donante anónimo siguen después funcionando dentro de un sistema político-legal heterosexual donde los ideales performativos de la masculinidad y la filiación no han sido cuestionados. Por otra parte, los biocódigos de producción de subjetividad (tanto performativos como farmacológicos, del Viagra a la testosterona pasando por la estética del cuerpo gay o las prácticas sexuales con órganos sintéticos) circulan en el mercado farmacopornográfico sin que sea posible fijar completamente los procesos de producción de subjetividad que estos desencadenan. Cabe esperar la expresión grotesca y desproporcionada de biocódigos que hasta ahora pertenecían a las configuraciones decimonónicas femeninas, masculinas, heterosexuales, homosexuales o incluso a las más recientes transexuales desligados de una identidad sexual o de una subjetividad política precisa, de una forma de vida, o de un programa político. Así, por ejemplo, los códigos visuales que

rigen la reciente transformación del rostro de Courtney Love, emblemática figura del rock *underground*, no difieren de los utilizados para dar forma a la nueva cara rejuvenecida de la reina de España, de la actriz Pamela Anderson, de Chen Lili, la mujer transexual participante en el concurso Miss Universo en 2004, de la estrella lésbica Ellen DeGeneres o para la remodelación del rostro de una bio-mujer anónima de clase obrera que gana una cirugía estética total gracias al programa televisual americano *Extreme Makeover* (Cambio radical). Asistimos, por tanto, a una horizontalización de las técnicas de producción del cuerpo que no establece diferencias entre identidades de clase, raza o sexuales, entre la cultura musical *underground*, la alta sociedad y la industria porno. De este desfase farmacopornográfico es posible deducir que pronto la heterosexualidad será únicamente una estética farmacopornográfica entre otras, una sexualidad *retro* cuyo estilo podrá ser imitado, denigrado o exaltado por las diferentes generaciones a venir, un estilo quizás exportable a otras latitudes, pero absolutamente fallido y decadente en nuestras sociedades judeocristianas democráticas.

Cuarenta años después de la invención de las píldoras a base de estrógenos o progesterona, todos los cuerpos sexuales se ven sujetos a una misma plataforma farmacopornográfica común. Hoy un bio-hombre se administrará un complemento hormonal a base de testosterona para aumentar su rendimiento deportivo, a una adolescente se le instalará un implante subcutáneo que libere un compuesto de estrógenos y de progesterona como método anticonceptivo activo durante tres años, una bio-mujer que se define como hombre podrá firmar un protocolo de cambio de sexo y acceder a una terapia endocrinológica a base de testosterona que le permitirá desarrollar barba y bigote, aumentar su musculatura y pasar socialmente como hombre en menos de ocho meses, una bio-mujer de sesenta años descubrirá que la ingestión durante más de veinte años de vida de una alta dosis de estrógenos y progesterona en sus píldoras anticonceptivas le ha producido una insuficiencia renal o un cáncer de pecho que tendrá que ser tratado con una quimioterapia semejante a la administrada a las víctimas de Chernóbil, una pareja heterosexual recurrirá a la inseminación *in vitro* tras descubrir que el varón de la pareja no puede producir espermatozoides suficientemente móviles para fecundar el

óvulo de su compañera debido a un alto consumo de tabaco y alcohol, etc.

Todo ello indica que las diversas identidades sexuales, los modos diversos de hacer sexo y producir placer, las maneras plurales de expresar el género coexisten con un «devenir-común»¹⁴ de las tecnologías de producción del género, del sexo y de la sexualidad.

¹⁴ Véase la noción de «devenir-común» en Negri y Hardt, *Multitudes*, *op. cit.*, pág. 142.